

Cultura a la contra

## Máscaras del vacío

**L**OS jovencitos visten de cuero —verdadero o falso, da igual— y de vinilo. Comen hamburguesas con tomate y vienen de ver la última película de moda, "Grease". Se dirigen raudos a la primera discoteca, para sumirse durante un rato en el vacío, en el vacío de la vida misma. Oyen ruidos vagamente rítmicos y se mueven al compás de ellos, imitando o tratando de imitar a su estrella preferida. Son travoltitas, tiernas y jóvenes, pero ya sin ninguna gracia, que mañana serán oficinistas de provecho o empleados en algún Ministerio. El futuro les sonríe; poco, porque el futuro no sonríe demasiado. Pero, desde luego, les pertenece.

Los travoltitos no son pasotas en ningún sentido; es posible que alguna tarde se fumen un porro —ya todo el mundo lo hace— o que en algún momento se cojan una toña de anís. También es posible que magreen a la novia en el cine o en la discoteca. Pero, realmente, ni las drogas, ni el alcohol ni el sexo les interesan demasiado. Sólo les interesa moverse al ritmo que les toquen, comprar lo que les vendan y producir lo que les pidan. Son jóvenes y modernos. No conocen los mayos pasados, ni entienden que el rock que ahora bailan fue en un momento un lenguaje, una forma de comunicación. Son máscaras del vacío, uniformados como policías y, como ellos, desesperanzadoramente grises. Se los han inventado pieza por pieza entre los grandes almacenes y las casas de discos.

En este momento, el vacío de imaginación es total; el poder, sin embargo, es cada vez más fuerte. Por eso surgen esos niños uniformados. Tampoco son un fenómeno nuevo; en los sesenta se llamaban niños ye-yé. El uniforme era distinto: pantalones campana, flequillo más o menos beatleiano, cazadoras vistosas y camisas brillantes. Pero el vacío que ocultaban era el mismo. Ese vacío producido como defensa por una sociedad que se siente amenazada; una sociedad que ha visto en el disenso juvenil uno de sus mayores enemigos, y que se ha apresurado a asimilarlo. Antes, en los cincuenta, podía haber rebeldes; inmediatamente su rebeldía se motejaba "sin causa". Ahora ya ni se rebelan. Ha pasado, por lo visto, el tiempo de los rebeldes. Los últimos que lo intentaron fueron los grupos llamados punks. Pero eran muy malos, sonaban mal, y sus ropas eran como las de los antiguos rockeros, pero rotas. Ahora, ni eso: los travoltitos están contentos con el mundo en que viven, un mundo lleno de discotecas y de tiendas de helados.

Por otra parte, toda la propaganda que se nos hace de los nuevos productos vendibles está basada en lo mismo: en la repetición de mecanismos ya anticuados, en la reiteración de unos temas que ya pasaron. Los Bee Gees —un conjunto de los sesenta, malo y soso ya entonces, que no servían para nada hasta que se encontraron con un productor astuto— repiten el disco mejor de los Beatles, "Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band", sin añadir nada nuevo a él; y, encima, van y sacan una película sobre eso. Y, además, venden sus cazadoras doradas y absurdas, como de falso raso, que ya estaban pasadas de moda hace diez años. Parece que ya nadie hace nada nuevo; parece que lo original no se vende, que el marchamo de algo es que sea "imitación de". Así se han cargado el supuesto disenso, así se cargan cualquier posible alternativa a la cultura oficial: convirtiéndola en academicismo, en copia de sí misma. La cultura rock ha muerto. La han matado no precisamente los travoltitos, sino los que visten, calzan, alimentan y divierten a esos chicos. Y lo que antes era un juego divertido y algo desgarrado, se nos convierte de pronto en algo así como la repetición mecánica de una lección. Es terrible ver cómo los niños se parecen cada vez más a sus hermanos mayores. ■ EDUARDO HARO IBARS.

## "Uno y uno"

Tres colaboradores habituales de Ingmar Bergman —la actriz Ingrid Thulin, el actor Erland Josephson y el operador Sven Nykvist— se han reunido para realizar juntos una película escrita por Josephson. El resultado es ésta, "Uno y uno" ("Ech on ech"), presentada con bastante éxito en el último Festival de Cannes y más tarde en el de San Sebastián. La pelícu-

naturalmente— ha explicado en sus películas. La tendencia burguesa de los protagonistas de "Uno y uno" es lograr por encima de todo dicha relación.

Los dos personajes —sólo hay dos personajes; el resto son elementos funcionales en la narración— se enfrentan en su atracción y en su repulsa, en una corriente que salta y rompe sus planteamientos. El origen tanto de su pánico como de su hambre afectiva está claramente



Ingrid Thulin, en "Uno y uno".

la, cercana en cierto modo a las de Bergman, pretende separarse completamente de ellas, y lo consigue fundamentalmente porque le falta la profundidad y la fantasía generalmente habituales del director de "Gritos y susurros".

Lo que los tres directores ofrecen es la crónica de una frustrada historia de amor, imposible desde sus comienzos e inexistente en sus resultados. Pero de eso se trata justamente: de la necesidad que tienen los personajes protagonistas de establecer el lenguaje de un amor cuando éste no existe ni es posible. Es decir, "Uno y uno" es de algún modo la crítica de esa necesidad de amor en una sociedad que ha establecido las relaciones amorosas como medio de evasión, como único sistema de comunicación gratificante. En esas relaciones "a dos" se dan, por supuesto, todas las connotaciones agresivas, de ansiedad y miedo que Bergman —después de Freud,

narrado en la película en base a recuerdos de infancia. Y quizá aquí reside el error principal de "Uno y uno": la elementalidad. Si bien ya los autores parten del convencimiento de que no están contando nada nuevo en el cine —una historia de amor parece que no puede ofrecer ya elementos psicológicos muy nuevos—, sí podían haber evitado, sin embargo, esa simpleza. Puestos a buscar explicaciones inconscientes en las conductas adultas, una tal simplificación es generalmente insuficiente. Justamente porque nuestras reacciones enfermizas suelen ser complejas, no basta con una cita anecdótica con pretensiones de trauma. Es probable que en este sentido se haya entendido mal el cine de Bergman, quien, aunque se refiera a situaciones trascendentales en las conductas de los personajes, sabe imprimir una suerte de verosimilitud, difícil de imitar a lo que se va.

De cualquier forma, "Uno y

uno" contiene momentos de gran sensibilidad. Esa introspección —quizá autobiográfica en algunos apartados— es desigual, y por ello va de lo elemental a lo inteligente. No en vano fue una película aplaudida en Cannes. Aunque no hay que descartar en ese éxito la curiosidad lógica de los espectadores al querer saber qué habrían hecho los chicos de Bergman sin la reflexión del padre. ■ D. G.

## TEATRO

### Cómicos de la Legua, en el Gayo Vallecano

Creado en 1969, profesional desde 1976, el grupo Cómicos de la Legua ("Kilikilariak"), que se ha presentado en el Gayo Vallecano, no debe ser juzgado estrictamente por el valor teatral del trabajo que acabamos de verle. De hecho, "Tripontzi Jauna" —que presentaron no hace mucho en el Festival Ibérico de Oporto, con excelente acogida— es en este momento su trabajo más brillante, alzado en esa línea que pasa por el "Orlando furioso", de Ronconi, y los dos espectáculos que el Teatre du Soleil ha dedicado a la Revolución francesa. Pero la sala del Gayo Vallecano, pese a sus holgadas dimensiones, no es un espacio idóneo para mostrar ese trabajo, lo que llevó a Cómicos a optar por "Vivir por Bilbao", que es algo así como una historia ciudadana de la capital vizcaína. Historia de siglo y medio, centrada en determinadas tensiones sociales y abusos de poder, en desastres urbanísticos y especulaciones, a través de los cuales se habrían ido hilvanando las causas que, según los autores del espectáculo, han ido haciendo del gran Bilbao lo que hoy es.

Inútil decir que el espectáculo tiene una intención crítica precisa y que la posición de Cómicos es políticamente nítida. Lo cual da a "Vivir por Bilbao" cierta linealidad ideológica, de-

finidos permanentemente quiénes tienen razón y quiénes no. La misma actuación se encarga casi siempre de subrayar la calificación positiva que al grupo —compuesto exclusivamente por hombres, aunque éstos, cada vez que hace falta, se disfracen de mujeres— le merecen los distintos arquetipos, pues de arquetipos hay que hablar más que de personajes.

Vistas en el contexto del teatro de nuestros días, estas características de "Vivir por Bilbao" —ausencia de personajes con verdaderos conflictos— permitirían pensar que se trata de un trabajo más próximo del que hicieron nuestros grupos independientes hace unos años que del que ha comenzado a delinearse en los incipientes Estables. Lo cual no es ningún reproche a Cómicos de la Legua, sino la constatación de que el grupo parece sentirse inmerso en otro momento histórico, quizá como una expresión más del "tema vasco".

Es evidente, por lo demás, que una serie de referencias, quizá entrañables o irritantes para el ciudadano bilbaíno, han de carecer ante el espectador madrileño de la misma resonancia. Lo que para un público vasco son imágenes, para quien no ha vivido en Bilbao se queda en concepto o en juicios, inevitablemente fríos al faltar esa respuesta vivencial. Si "Vivir por Bilbao" fuera otro tipo de

teatro y generara en sí mismo el "material dramático", el problema sería menor o no existiría en absoluto. Pero así no. Porque es evidente que la crónica ciudadana de siglo y medio sólo es posible, y hasta cierto punto, en tanto que las breves y múltiples referencias sean capaces de generar esa complicidad "co-creadora" que fue, precisamente, una de las características de nuestro teatro político de años atrás.

Es imprescindible añadir, sin embargo, que Cómicos de la Legua es un grupo voluntariamente arraigado en el proceso contemporáneo del País Vasco. Lo que quiere decir que esa referencia a la historia de Bilbao se encuadra en un propósito de indagación en lo propio, tantas veces sustituido en la escena por el examen crítico de lo ajeno. Bastaría, para comprender la actual significación de Cómicos de la Legua, recordar su respuesta a una pregunta de la revista "Saida" en torno al papel del grupo en la "recuperación cultural" de Euskadi y el uso del idioma:

"Provenimos la mayoría de medios de habla castellana. Esto supone ya de entrada una limitación. Sin embargo, estamos haciendo un gran esfuerzo por la recuperación del euskera, a cuyo estudio nos dedicamos como tarea de grupo. Nuestros espectáculos comenzaron siendo en castellano, pero desde hace

tres años hemos visto una salida, aunque sea coyuntural en los espectáculos bilingües. Tratamos de ir hacia un teatro realizado totalmente en euskera, aunque sin olvidar que tenemos que comunicarnos con un público que en un porcentaje muy elevado desconoce el idioma. En la medida en que avancemos en esa dirección, nuestro teatro no debiera apoyarse en la palabra como soporte fundamental. Tenemos ya algunas experiencias con nuestro teatro de más caras".

Con esta perspectiva hay que ver el trabajo del grupo en el Gayo Vallecano, a quien debemos el conocimiento de una de las manifestaciones más serias con que cuenta hoy el teatro de Euskadi. El espectáculo, tantas veces representado en barrios de Bilbao y pueblos de Vizcaya, afronta ahora al público vallecano... ■ JOSE MONLEON.

A partir de este número, y durante algún tiempo, la crítica teatral de TRIUNFO correrá a cargo de Miguel Ángel Medina y del profesor Francisco Ruiz Ramón. Ambos sustituirán a José Monleón, invitado por la Universidad norteamericana de Purdue para dar un curso sobre teatro español contemporáneo. Confiamos en publicar durante este período algunos trabajos de nuestro colaborador habitual, especialmente dedicados a la actualidad y el teatro de los Estados Unidos.

### Premio Nacional de Teatro: Teatro Lliure, de Barcelona

La concesión del Premio Nacional de Teatro es siempre motivo de no pocas esperas, escepticismos y críticas contrapuestas. En esta ocasión, además, la decisión significaba algo más que el puro reconocimiento a una labor profesional (hasta el momento siempre personal); se trataba, en definitiva, de averiguar la postura del Ministerio de Cultura frente a la nueva etapa iniciada por nuestro teatro.

La noticia ha saltado de un modo un tanto sorprendente y mucho nos tememos que, por desgracia, la acertada decisión no sea comprendida por ciertos sectores de la profesión. Luego

"Vivir por Bilbao", por el grupo Cómicos de la Legua.

